

Reportaje

La mirada de un médico

Arturo Fuentes Varela -(De Diez miradas sobre
Camilo de Lellis, Sal Terrae, 2013, pp. 81 -92)

De Camilo me había quedado una imagen de hombre simplón y su gran caridad. Y me quedaban pendientes estas dos cuestiones precisamente: ¿cómo un personaje tan simplón, sin letras y de vida juvenil tan desorganizada, pudo lograr tal puesto en la vida de la Iglesia del siglo XVI y dejar obra tan significativa, como la Orden de Ministros de los Enfermos?

La otra pregunta que me había quedado en suspenso, era la referente al matiz de la caridad de San Camilo. Es evidente que a lo largo de la vida de la Iglesia, desde los tiempos de su mismo fundador, la atención exquisita para con los enfermos fue una constante que la identificaba, ¿qué matiz aportó San Camilo?

Una nueva cultura de la salud

Lo cierto es que, al menos a nivel de corrientes de espiritualidad, él conocía la oración mental que recomendó en su Regla a sus religiosos, información que le llegó, quizás, por su cercanía a los padres de la Compañía de Jesús, o simplemente por el espíritu erasmiano que invadió Europa, con su mirada crítica hacia los rezos repetitivos, superficiales, de exterioridad, proponiendo la mirada interior, el asentimiento, el encuentro personal con la Sagrada Escritura y con la persona de Cristo. Cuando inició su tarea en la Iglesia se ve que tiene acceso a significativos personajes de la jerarquía de la Iglesia y de la curia vaticana:

Felipe Neri, Cardenal Cesar Baronio, Cardenal Mondoví, Sixto V, Gregorio XIV, Clemente VIII, etc. Un mentecato no suele ser recibido por tan prestigiosos personajes.

Pues lo mismo que tuvo ocasión de formarse en la vida, conociendo personas interesantes, estando al tanto de las corrientes de espiritualidad y de las necesidades de la Iglesia, sospecho que también a nivel de cultura sanitaria se puso al día, dado la opción vocacional con la que se comprometió, las tareas al lado de los enfermos que asignó a sus religiosos y la capacidad de innovación que aportó al sistema de atención a los enfermos tanto en el hospital, el domicilio, los heridos de guerra y en las devastadoras epidemias; así como su capacidad para la formación del personal sanitario a cuyo frente se situó como maestro.

Seguro que conocía la posición de Paracelso quien, pocos años antes de que naciese Camilo, había propuesto un nuevo horizonte para la medicina, sugiriendo intervenir lo menos posible en las heridas, luxaciones, fracturas, dejando a la naturaleza y al tiempo ejercer su acción, evitando actuaciones molestas y de dudoso resultado, en los pacientes. Pero también podemos citar la probable influencia del palentino Juan Valverde de Hamuno, que en el año 1555 enseña medicina en el Hospital del Espíritu Santo en Roma, donde previamente había realizado sus investigaciones anatómicas Leonardo de Vinci (en torno al 1515) y donde posteriormente ejerció su ministerio de atención a los enfermos durante treinta años, Camilo de Lellis. Jean Fernel (1497-1558), en esa misma etapa de la historia, diferenció la gonorrea de la sífilis; conocimiento útil para alguien que como Camilo trabajó en un hospital especializado en el *morbus gallicus*.

El cirujano Ambrosio Paré (1510-1590) evidencia que curan mejor las heridas con limpieza e higiene que las cauterizadas con aceite hirviendo, de ahí quizás la preocupación de Camilo por la higiene del cuerpo, del vestido, del ambiente, etc.

Girolamo Fracastoro (1478-1553) da un avance a la epidemiología, habla del contagio “exterior” a causa del aire contaminado por partículas “seminaria” y vapores alterados; y habla del contagio “por contacto”, los “fomes”, que transmiten partículas dañinas, incluso por mucho tiempo, pero que no resisten al fuego.

Camilo, para no quedar en mero ideal de caridad, tuvo que ser conocedor de alguna de estas informaciones científicas, sabiendo a qué se enfrenta con su propuesta, a quiénes, cuándo y cómo hacerlo.

Pero, ni la anatomía de Vesalio (1514-1564), ni la cirugía de A. Paré, ni la fisiología de W. Harvey (1578-1657), a pesar de representar avances significativos en la investigación médica, consiguieron evitar la extrema inmundicia de las ciudades, ni la rápida propagación de enfermedades, ni la carencia de sistemas de higiene pública, así como el deterioro manifiesto de los cuidados hospitalarios.

Estar atento, de una u otra forma, a lo que los nuevos tiempos aportaban, le ha permitido ser a Camilo, un cristiano actualizado, un terapeuta coherente y un formador capacitado para renovar la dinámica religiosa y sanitaria en su tiempo.

Él ingresa por necesidad en un hospital, a consecuencia de una herida en una pierna con mala evolución. Conoce así, tanto la experiencia de enfermo, como la experiencia de mal cuidador; sabe lo que pasa entre los cuidadores a sueldo en los hospitales: personas poco o nada preparadas, individuos no *vocacionados* para ese servicio, hasta maltratadores y ladrones.

Cuando Camilo propone una reforma de los cuidados y cuidadores, sabe lo que dice. Antes que cuidador, fue enfermo; antes que excelente terapeuta, deshonesto enfermero.

A Camilo se le mueve el corazón y la cabeza se pone en marcha “al ver languidecer a estos pobres”. Se había dado cuenta de que para cuidar a los enfermos hay que estar *vocacionado*. Primeramente, consigue descubrir que su misión es “quedarse a servir a Dios en el hospital”. Porque para un profesional sanitario cristiano no hay separación entre servicio a los enfermos y servicio a Dios. Y “a partir de entonces propuso entregarse por completo al servicio de los enfermos” y “día a día crecía en él la caridad para con los enfermos de su hospital”. En esa misión descubría no una mera labor técnico-sanitaria, sino una vocación cristiana: “encontrar a Cristo en los enfermos y pobres, como en la hostia, y amarles”. Vocación, centralidad del enfermo, trabajo en equipo, formar y cuidar al cuidador, son dimensiones novedosas, aportadas por San Camilo de Lelis a la tarea del cuidado de los enfermos.

Protocolizar las actividades hospitalarias fue una gran novedad aportada por Camilo; tanto la actividad de los servidores durante la jornada de trabajo como los planes de cuidados:

“Primero les acogían, les saludaban, les cortaban el cabello y las uñas, les cambiaban los vestidos,...”, ofreciendo una amplia cartera de servicios: cumplir fielmente las órdenes del médico, administrar las medicinas a cada uno e informar de ello al enfermero jefe, dar de comer a los enfermos sujetos a la dieta que cada uno tenía establecida, arreglarles la cama, limpiarles la lengua, abriganles, calentarles los pies, facilitarles el orinal,... hacer las quejas precisas en su nombre, recomendar el alma, exhortar a la paciencia, a hacer el bien y a recibir los sacramentos; y toda clase de servicios posibles. La atención integral conlleva

cuidados al cuerpo y cuidados del alma. Dispone de enfermeros del cuerpo y enfermeros espirituales, además de la atención por parte de los presbíteros en el momento oportuno. La diversidad de atenciones encuentra su unidad en el sujeto enfermo; él es el centro de atención y no puede concebirse una asistencia de calidad, descentrada de ese punto de la diana. Camilo está con los pies en el suelo; no hace curanderismo ni taumaturgia, sino que es creativo y racional, ordena los cuidados, forma a las personas en el arte enfermero del cuidar y enseña a amar a los enfermos con la ternura de una madre.

Una caridad “organizada”

No siendo Camilo un hombre de letras, va dejando sus enseñanzas e intuiciones sembradas a lo largo de las cartas que escribió a las distintas comunidades; así como en los bocetos de “Reglas” o “normas” que redactó, tanto para la vida de comunidad de sus hermanos, como las que es preciso tener en cuenta para el modo de trabajo en los hospitales.

El mayor esfuerzo por formar a los suyos, fue el constante estilo de visitas que promovió a las distintas casas de la Orden, y el servicio directo a los enfermos que nunca dejó de desempeñar; haciéndose modelo de auténtico servidor de los pobres.

Un elemento destacado de la formación que les aportó a sus religiosos, fue el que aprendiesen a asumir y sobrellevar las propias enfermedades.

Otro elemento de formación para el mejor servicio de los enfermos era el discernimiento a que sometía a las personas que se le acercaban para seguir su estilo de vida. El biógrafo dice que Camilo aceptaba a la gente sin demasiada selección, pero que “dejaba que el mismo carisma los sometiese a prueba”. Pero no dejaba de reunir al personal, en su condición de mayordomo del Hospital de Santiago de los Incurables, para darles una charla, “exhortándolos a la caridad con los enfermos”. Una caridad en acción que estaba hecha de gestos como lavar los pies de los pobres antes de acostarlos, dar de comer a los enfermos, arreglarles las camas, limpiarles la lengua, cortarles las uñas, etc.

Son sorprendentes las intuiciones que Camilo comunica a sus seguidores y les anima a profundizar: en primer lugar, el enfermo como centro de atención, por ser la pupila y el corazón de Dios, a quien hay que cuidar y servir como al mismo Cristo; y tener devoción por ellos, como devoción mostramos ante la Hostia Consagrada, pues Cristo mismo está presente en los enfermos. Esa centralidad del enfermo es la clave para responder a todas sus necesidades: atención a la corporalidad (higiene, alimentos, descanso, vestido, habitación, farmacia,...), como atención a la dimensión espiritual (que no se sienta solo, que se perciba atendido, querido, promovido a hacer el bien posible, a relacionarse, a pedir perdón, a confiar en Dios, a prepararse para una buena muerte).

La satisfacción de todas esas necesidades conlleva un trabajo en equipo, pues con frecuencia, cada persona aislada, no puede dar cumplimiento a las mismas. Camilo enseña a los suyos a trabajar en equipo (asistentes corporales, asistentes espirituales, presbíteros, médicos), a trabajar organizados (con un esquema de trabajo y un plan de cuidados), a trabajar jerarquizados (dando prioridad a las órdenes del médico, a las disposiciones del enfermero jefe, del enfermero de guardia, etc.)

Camilo estuvo también abierto a descubrir las necesidades de atención de los heridos en la guerra, preparando planes de cuidados para los soldados, siendo precursor, de alguna manera, de lo que después sería la Cruz Roja.

Pero un modelo de formación especial, por lo que implica de motivación para el heroísmo y el martirio y estar dotado de capacidad para poner en marcha recursos personales para asistir a los enfermos y a la población en general en tiempos de devastación, fue la preparación de los suyos en planes de atención para las catástrofes sanitarias del momento: las epidemias de tifus exantemático, de peste bubónica, de hambruna,... En esta faceta, Camilo fue promotor de la puesta en marcha de los dispositivos públicos para atender a poblaciones enteras afectadas por plagas de graves consecuencias para la salud de los ciudadanos y de difícil solución médica.